

Nota del editor

EL PRESENTE NÚMERO DE LA *Revista Colombiana de Sociología* está dedicado a la sociología del deporte (siete artículos y dos reseñas). La sociología del deporte es un campo “nuevo” de la sociología entre nosotros. No quiere decir que nunca el tema hubiera ocupado a nuestros analistas, pues al menos desde los años veinte del siglo anterior el país entró de una manera masiva —o popular, diríamos— en el ámbito del deporte moderno de grandes públicos, hecho conectado, por supuesto, con los procesos de urbanización, modernización, inserción en la división capitalista internacional del trabajo (hoy reconocida bajo el rubro de “globalización”). Paralelamente, a través de historias del fútbol, el básquet, el boxeo, sobre todo en los dos últimos decenios, o de estudios de historia social colombiana de aparición incluso previa a estos años, el tema se ha tratado dispersa o parcialmente. Pero ya en este milenio la academia se ha empezado a vincular de una manera más articulada al estudio sociológico del deporte con grupos pioneros como Asciede (Asociación Colombiana de Investigación y Estudios Sociales del Deporte, 2010) y a través de monografías o de tesis de colombianos en las escuelas de pregrado o posgrado del país o del exterior.

Aunque México, Argentina y Brasil pueden acusar avances en este campo frente a nosotros, cabe anotar, sin embargo, que Alesde (Asociación Latinoamericana de Estudios Socioculturales del Deporte), con sede en Curitiba, Brasil, y que ha realizado tres congresos internacionales sobre el tema, solo se constituyó en el año 2008. Para evitar suspicacias, recalquemos que tanto los estudios e historias sobre deportes y deportistas emblemáticos, así como el periodismo deportivo a granel sí que son rastreables desde hace mucho más tiempo; a pesar de ello, el ojo académico especializado —y, en nuestro caso, sociológico— ha sido esquivo.

En la estela de la sociología del ocio o del juego, donde cintilan los nombres y las obras de Thorstein Veblen (*Teoría de la clase ociosa*, 1899); George Herbert Mead (*Espíritu, persona y sociedad*, 1934), con su magistral tematización del juego (*play*) y el deporte (*game*) como estadios de

la psicología evolutiva; de Johan Huizinga (*Homo Ludens*, 1955), o Jean Piaget (*Sueños e imitación en la niñez*, 1962), por ejemplo, la sociología del deporte propiamente dicha empieza a desarrollarse solo a partir de la segunda mitad de los años sesenta del siglo anterior. La *International Review of Sport Sociology*, pionera en su campo, ve la luz en 1966. Uno de los primeros “readers” (textos de introducción) sobre sociología del deporte en los Estados Unidos es el de Jhon Loy y G. Kenyon: *Sport, Culture and Society*, publicado en 1969. También en estos años se celebran los primeros simposios y congresos internacionales sobre esta temática, como el Magglingen Symposium (1977) en Suiza. Por otro lado, en Heidelberg (*The Scientific View of Sport*, 1970) y en París (*La sociología del deporte*, 1967, Editions Mouton), en el filo de lo sesenta tardíos, se publican los primeros estudios sobre el nuevo campo específico.

El deporte como hecho social interesa claramente no solo a la sociología, sino a otras ciencias sociales, como la historia, la ciencia de la cultura, la psicología social y la economía, entre otras. Aspectos relevantes para la sociología lo son también para estas otras disciplinas, como la competitividad, la disciplina, la raza, el nacionalismo, la democratización, la comercialización, el consumismo, todos ellos, al vincularlos con el deporte, son del mayor interés. La masificación y la popularización de muchos deportes que empiezan siendo deportes de élite, como el boxeo y su conversión en “big business”, emerge en los años veinte en los Estados Unidos en torno a la figura emblemática de Jack Dempsey, un hombre blanco usa-americano, probablemente el primer ícono deportivo en el sentido contemporáneo consumista del término. Y allí la raza y el nacionalismo, el machismo y el instinto de dominación son rasgos prominentes en la construcción del imaginario mitopoiético correspondiente. El enfrentamiento de Dempsey con el francés George Carpentier en 1921, y con el argentino Luis Ángel Firpo en 1923, por ejemplo, son vistos como “guerras” vicarias (simbólicas) por el dominio de USA sobre Europa y sobre la “raza latina”. En Colombia el boxeo es admitido legalmente por el Consejo de Bogotá en 1921 y las réplicas —casi se diría “remedos”— de los héroes del norte lanzaron al estrellato episódico los nombres del bogotano Rafael Tanco y un belga —por cualquier otro concepto, estrepitosamente anónimo—, René van Hoorde, cuya pelea en el Teatro Olimpia produce dividendos inesperados —por primera vez— a los organizadores bogotanos.

El fútbol es hoy, a todas luces, la iglesia universal de nuestros días, tan prominente como el papado y su iglesia en el medioevo. Lo dicho por Durkheim sobre la religión totémica y sobre la “conciencia colectiva” como vicarios de la sociedad y del deseo ferviente de pertenencia al grupo no puede ser más apto como metáfora —o “esencia” fenomenológica— para describir el fútbol. El estadio es el templo y los partidos son ritos seculares rodeados de liturgias fantasmagóricas y de fanatismos expresados en *pathos* orgiásticos —a veces violentos—, en dogmas (mitopeyas correlativas a los equipos), hábitos (uniformes o atuendos de equipo), banderas y pendones. Con lo cual nos hallamos frente a la contraparte del

deporte: los ejércitos nacionales, creados para la guerra, cuya ritualidad se expresa igualmente en uniformes, banderas, pendones y mitopeyas (para una visión contrastante de este fenómeno, ver la reseña sobre un libro reciente de Hans Gumbrecht publicada en este número).

No cabe duda de que el tema es ahora un festín opíparo para la sociología, y es significativo y honroso que la *Revista Colombiana de Sociología* avale con esta publicación tan fecunda temática con la intención de establecer y consolidar un campo de estudio. Y el deseo se proyecta a otros campos, hasta ahora descuidados, que en el inmediato futuro debemos abordar.

Estamos aquí ante estudios pioneros, más que ante trabajos de acendrada madurez. No sobra advertir que el interés fundacional es válido y va más allá de la concepción, más bien ingenua, esnobista y aturdida, de que nuestro propio horizonte no vale en términos académicos o científicos, sino que el único horizonte válido y digno de consideración es el exterior. “Lo verdaderamente importante es que nos lean y nos aprecien afuera”, hemos oído decir recientemente a un funcionario oficial. Este extranjerismo es entendible, pero no justificable. La formación de nación (*Nationsbildung*) sigue siendo un imperativo, más que válido, urgente.

Hemos incluido en este número dos ensayos escritos en portugués, enviados desde Brasil, al considerar que Brasil es el gigante que ha vivido a nuestro lado sin que nos hayamos enterado, pero la hora ha sonado para establecer lazos sólidos, duraderos e importantes con dicha nación. Artículos en inglés y en portugués podrán encontrarse sin traducción, manes de la globalización. Este número se complementa con la sección “De tesis y monografías” que presenta trabajos destacados de estudiantes o recién egresados. Last but not least, te recomendamos apreciado lector, una excelente colaboración del profesor Ramón Ramos de la Universidad Complutense de Madrid sobre el clásico de Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*.

CARLOS URIBE CELIS
DIRECTOR/EDITOR